

## **EL NIÑO INMORTAL**

*Patricio Vázquez Massimini*

### **1**

Estaba por oscurecer. Apenas se distinguían los efectos de la veladura en el cielo, sin mencionar de su eficiencia dudosa, puesto que no aclaraba sino oscurecía. Con una sutileza imperceptible, los colores se deslavaban de quien los poseía hasta alcanzar dimensiones pálidas que, por alguna extraña razón, otorgaban a la materia una apariencia espectral. Dos montañas a lo lejos, una detrás de la otra, interponían el desfile de rayos solares y aparentaban fundirse en una plasta rocosa de planicie inquietante. Bien podría definir estos acontecimientos como la indiferente pérdida de visión para un hombre de percepciones imaginarias. Pero en términos vulgares, la noche aduanera descuidaba una barca vacía y dentro de su ignorancia permitía la fuga de otro prófugo sin vida. En fin, yo fijaba mi atención a la caída hechizante de unas aves con aleteo lento; el vuelo se volvía vertical por un momento y los ojillos vivaces de aquellas criaturas perdían astucia ante un bosque hipnotizante. Poco antes de entregarse al peligro seductor, las aves, completamente poseídas, descendían inanimadas, moribundas, y parecían cumplir con toda la fisonomía de quien cae. ¡Pero qué enigmática es la vida matutina! ¡Todo se sujeta a un compás despreocupado por seguir el ritmo ortodoxo! Era inevitable no sentir fascinación al respecto. Ellas perdían movimiento por no tener ojos que las vieran. Mientras

los míos, cada vez menos fiables, perdían entre cataratas aquellas pistas indispensables para aludir un descubrimiento nuevo. Aludiendo a otras pérdidas, el velo había encontrado dentro de todos los escondites posibles a su antagonista. Y la luz, en su exilio hiriente, recogía su caja de acuarelas con movimientos nostálgicos ¡Ay! Quizá porque sepas, luz querida, que mañana debes acordarte cómo es que pintaste el mundo.

Había oscurecido. La linterna de mi hijo poseía una constancia telegráfica que revelaba por un instante los vestigios de lo que había y lo que hubo. Estar para no estar. Aparecer y desaparecer. Recordar para olvidar. Era imposible no sentir la estupefacción de aquella noche fría en cada destello fulminante; las cosas se volvían locas por la transición luminaria, como si les fuera molesto tener que aparecer cuando el hombre lo requiera. Carajo, siempre he odiado las garantías; saber que algo tiene que resultar de cierta manera me causa náuseas. Pero hoy he de olvidar tales disputas de mi mente; él es solo un niño que inquieta la negrura por su luz radiante. La linterna prende nuevamente y la noche es descubierta, apenas alcanza, con una astucia feroz, interrumpir aquellos actos sagrados que surgen como ritos clandestinos cada vez que el hombre voltea ¡Ay Dios mío! ¿Por qué has de torturarnos con la verdad inalcanzable? ¿Pero que has hecho de los grandes hombres más que unos ebrios melancólicos que se emborrachan pero no toman? Había un juego frente a mi cuyas reglas desconocía. La noche se entrega desnuda ante los ojos y se viste de materia cada vez que mi hijo alumbra. Primer destello, un relámpago de hojas y viento. Segundo destello, mi cara entumecida por un fulgor que no esperaba. “No me

alumbres a la cara,” le digo a Diáfano. Tercer destello, la noche viste un río que no suena. Último destello, la pila se ha acabado. Ahí va el último pulso telegráfico hacia alguna parte, pensé. Ahí va un mensaje sin destinatario y siente la agonía por vez primera de quien tiene algo que decir.

Para ese entonces era indudable el reino de las sombras. Un horda de nubes espesas obstruía el resplandor de la luna. Y dentro de su imponente terquedad no cedía posibilidad alguna para un aura radiante, inspirando en el cielo una piel de manchas pardas. Todo parecía haber desaparecido. No hacía frío a pesar de la manta perforada que era aquél cielo de aire filtrado. En los ojos de Diáfano, para ello había volteado sin que él lo percatara, estaba la síntesis ocular de una carroza carcomida, que, a diferencia del elemento evocado, presentaba destellos luminosos detrás de cada agujero ¡Pero qué pupilas tan llenas de vida! Ahora todo el universo se encontraba en dos esferas y me era inevitable no quebrar en llanto. ¡Qué tormento! Porque la luna, Diáfano, aunque hoy sea obstruida, tiene un lado, un mundo de tinieblas que aún no te presenta. Y sin embargo te muestras fascinado por el feudo de estrellas, de venas palpitantes, y no sabes, hijo mío, que sólo son estelas moribundas cuyo eterno viaje no encuentra sepulcro ¡La muerte se viste para ti y no sabría decir si el éxito de la compañía corresponda a la sutileza de sus trajes o a tu ingenuidad rotunda! Sea lo que sea has de mantenerlo. Tan lejano tú de todo aquello que atormenta. Porque (¡Oh que si no lo sé!) hay otro tipo de agujeros ¡Preparen, fuego! Una tormenta de plomo se dirige al salvador de nuestros tiempos. Justo en el impacto brota de su piel un fluido luminoso, como de luciérnagas aplastadas

¡Preparen, fuego! Una bala perdida alcanza a un ciudadano desafortunado y en su agonía percata el borboteo de sangre; fluido viscoso pero no menos importante ¡Prepara y fuego! Un miserable se da el gusto de quitarse la vida con toda calma. De haber vivido, sabría que de su sien no escurre gota alguna. Así es Diáfano, las bestias no derraman nada. En cambio yo derramo lágrimas a cántaros por saberte vulnerable. Y mi llanto, quieto hasta morir, se confunde con el meneo de alguna hierba lejana que he de inventar por si tú preguntas. Afortunadamente el silencio no es molesto a lado de un infante. Y en aquella noche esplendorosa el diálogo omitido parecía ser el único homenaje. Permanecemos recostados por horas contemplando el cosmos. La piel entumecida había de cortar el último convenio sensorial. Ya no éramos nada. Aquél país de sombras sin dueño devoró cada parte de nosotros y tan sólo la película de césped castigado permaneció intacta...

“¿Qué suena papá?”

“No lo sé hijo, será mejor que regresemos.”

2

Volví a soñar con ella. La línea de su espalda era un mar de gajos divididos y sugería un sendero bíblico que nunca fue cerrado. No eran hijos de Israel quienes cruzaban sino los míos conteniendo carne invertebrada entre las manos. ¡Cruzaba solo, amada mía, completamente solo! En el otro extremo, en tus poderosos glúteos que tanto anhelo, un símbolo había de recordar a todo ser esperanzado el desenlace de quien atentó un final escrito. Mis piernas poseídas recorrían aquél páramo, cual vertedero de cuero, con ritmo militar. ¡Y uno! ¡Y dos! ¡Y tres! No quería llegar al otro extremo. ¡Y uno! ¡Y dos! ¡Y tres! ¡Se van a ahogar! ¡Y uno! ¡Y dos! ¡Y tres! Los bracitos de mis niños amenazaban con desmoronarse en cualquier momento. Y aquella sugerencia no era más que otro mandamiento de un Dios omnisciente. “Extiende tu mano sobre el mar para que las aguas se vuelvan sobre tus hijos.” Fueron treinta y tres pasos, cada uno doloroso, los que tuve que dar antes de alzar mi brazo. ¡No me malinterpreten! ¿Será culpable aquél que busque limpiar su llanto? “Y las aguas siguieron regresando.” El mar de mis lamentos rompía a esos niños como ramas indefensas. Los pobres caían en hilera, cual cadena de dominó, hacia la posición privilegiada donde me encontraba. Recuerdo maldecir bramidos hasta reducir mi impetuoso coro en el chirrido de un globo desabrido.

“Y el océano había cerrado, porque no hay ningún milagro que dure para siempre.”

Desperté gritando. No ha habido noche alguna en que no venga a visitarme.

Dicen que murió en el parto pero trabajo me ha costado aprobarlo. Y no es producto de manía o desatino de un cuerdo jubilado sino haberme abstenido a morder un señuelo repugnante ¡Por Dios santo! ¡Ya no está conmigo! Más aún me es imposible asimilar que se haya ido por completo ¿Cómo he de confiar en lo concreto cuando un sueño, siendo sólo un sueño, reproduce sin mayor esfuerzo la realidad tangible? Un costado de la cama yacía intacto para recordarme de su ausencia cada día. Y como toda ausencia, ahora era cuando más vida tenía. Bastaba con cerrar los ojos para recobrar fragmentos de su cuerpo; hoy su torso y tunas rojas; mañana un vientre de cerámica. Las cosas padecían de su esencia como quien padece de una enfermedad benigna. Y sin embargo para mi era letal aquél veneno de apariencia femenina. He de confesar, ahora que mi hijo duerme, haber tropezado en situaciones humillantes, sumamente dolorosas, que sólo un viudo entendería ¡¿Por qué cosas no he pasado?! Y precisamente son sus cosas, sus pequeñas pertenencias, más pequeños aún son los pulmones con que respiran, quienes han sustituido su estadía. Ya no es ella sino en ellas. Como crías de alacrán que han de devorar a su partera si sobrevivir anhelan, los muebles, sus joyas, inclusive los cabellos escondidos en las entrañas de esta casa sabían que tras su muerte no serían olvidadas. ¡Malditas! ¡Las quemaré a todas! Pero primero he de cerciorar que nuestra cría adorada, incapaz de masticar un trozo de su madre, siga respirando. Porque la Muerte ni por muerta se da el lujo de un descanso.

El alba no tardaría en venir. Todo tenía que regresar al lugar exacto donde fue colocado por última vez. Los caminos bajaban la colina como serpientes escur-

ridizas y se estrujaban para alcanzar las contracciones matemáticas que harían de sus cuerpos carreteras. A su vez, un sendero del oriente, completamente desorbitado, permanecía en pánico y lamentaba haber emigrado a un lugar de caminos con destino. La mañana transpiraba exhausta hacia todas direcciones, dejando secreciones de rocío en cada recorrido. Se trataba de un día pesado a juzgar por su rendimiento tardío; los eventos ocurrían en un compás desproporionalmente atroz. De esta manera, las fieras mataban antes de morder, el mísero evacuaba sin haber comido, las abejas fecundaban en el aire y, sin ninguna variante, el sufrido no paraba de sufrir. Afectado por la discordancia, miré al espejo fijamente sin ser reflejado. No habría tenido ninguna objeción al respecto pero la vulgaridad de mi réplica al incorporarse me resultó inapropiable. Allá el mundo parecía ser el mismo y era desalentador para quien busca diferencias en desiertos paralelos. Sentí por un instante tener que corresponder a cada uno de los movimientos que envolvía aquella coreografía rutinaria. Uno de nosotros extendió la mano mientras el otro asumía la maniobra como suya. No obstante, los dedos guillotizados por el margen del espejo distinguía el reflejo del reflejado. Y ambos reíamos por la condición del prójimo; Claramente la extensión del cuarto era un lujo que el otro padecía pero la imposibilidad de cerciorar dicha naturaleza causaba una angustia abismal. Sin incorporar el brazo fijé mi atención al horizonte de aquella mañana fría. ¿Qué miraba él sino un universo aún no reflejado como el que ahora contemplo? La presión cardíaca comenzaba a subir. Era sabido que el siguiente movimiento resultaría caótico y ninguno de los dos estaba dispuesto a realizarlo. No te muevas que me muevo, pensé. Decidí quedarme estático. Con ademanes de ciego palpando

quise recoger sus dedos pero resultó inútil a falta de los míos. Acto siguiente, dos farsantes abandonan la escena con rapidez fugaz para ratificar la existencia de un hijo sin reflejo.

Abrí la puerta con cautela, tratando de burlar aquellos chillidos metálicos que surgen con el afán de traicionar hasta al mejor de los espías. Nadie puede escaparse de esas trampas ingeniosas, por lo que me tenían sin cuidado. Con ademanes de bailarina novata, recorrí en puntas, dando vueltas cada que era necesario, hasta llegar a Diáfano. Habría presumido la sutileza de mis pasos a no ser por la última viga minada que crujió como el llanto mil demonios. En fin, seguía respirando. Aún conserva la encantadora costumbre de jadear por la barriga, herencia inequívoca del útero. Tras besar su frente un tufo de leche en polvo me advertía que alguien nuevamente repitió su cena. Harto has de estar de esa porquería, pensé. Cómo lamento, hijo mío, saber que nunca probarás los gloriosos pechos de tu madre. Había prometido llevarlo al parque esa mañana. Sin siquiera profanar su sueño, cualidad distinguible de quien considera la calma de un infante como el único templo inalterado, recargué su torso diminuto en un costado. A pesar de mis esfuerzos vastos, sus extremidades desbordadas zangolotearon como péndulos de cuerda frágil durante el trayecto al coche. Me fue imposible ignorar la gravedad de aquellos excesos oscilantes ¡Carajo! Su cuerpo hipnotizado insinuaba que ni por tan liviano logra desprenderse de un suelo cautivante. Aguanté el llanto, no quería despertarlo. Antes de encender el coche, puse en marcha los limpiaparabrisas; quizá porque sabía, tras juzgar el cielo despejado, que en cualquier momento podría soltarse un aguacero.



Yo devastado, un nudo de calambres. Dispuse mi cuerpo en la única banca disponible y no me tomaría mucho tiempo empatizar su falta de demanda. La remota lejanía de aquella grada otorgaba las condiciones adecuadas para la vigilia anónima; apenas proveía un panorama de resacas sobre lo ocurrido. Dicen que la cura para el cáncer ha llegado, falta que atravesase los muros del silencio. Yo sentado junto a sombras, fisgones y asesinos; junto a amantes y padres impuntuales. Remotamente partícipe de cualquier evento, esperando que lleguen los gritos estelares de niños risueños, veía a Diáfano dirigirse a la aldea de tubos oxidados. Todavía tiene la manía de correr diagonalmente, generando una sobrecarga vuelta inercia. Invariablemente mi niño tropieza a la mitad del camino y apenas amortigua el golpe con sus manos. Antes de siquiera socorrerlo, Diáfano es devuelto sin explicación lógica y aparenta no tener ningún rasguño. Tan pronto como llega el mensaje tardío soy informado de sus gritos tras el impacto. Sin embargo, una sincronía fúnebre intercepta su risa vigente con la agonía previa y arruina la función de un mimo inexperto ¡Me están tomando el pelo! Empecé la marcha a toda prisa y mientras más cerca me encontraba los sonidos regresaban a sus tiempos. Parecía Diáfano haber encontrado algo y con dificultad ponía atención a mi llegada. Tras extender su diminuta palma entreví el pendiente de mi amada. “¡Diáfano! ¿Dónde encontraste

esto?” grité mientras sacudía su cuerpo con euforia. “Me lo dieron,” dijo chillando y posteriormente liberó el hallazgo de sus manos. ¡No podía ser posible! Yo hecho trizas, pedazos. ¡No hubo segundo alguno que le quitara la mirada de encima! Yo sin piernas, yo Babel. Volteé a mi alrededor para sorprender a la centinela asquerosa, cual niñera repulsiva, que entregó un pedazo de su madre a mi infante. No había ni una sola alma. A lo lejos, en la banca del anonimato, mi aparición en escena todavía no ocurría y el acto de una entidad otorgando un pendiente a mi hijo había comenzado.

Créanme lo que les digo, no existe cuadro más tétrico que la quietud de las cosas al cruzar. Hay algo detrás de eso, cierta indiferencia en la materia de ser incinerada que, a mi humilde juicio, requiere investigación inmediata. Ahora bien, tomen suma atención a lo que estoy por declarar, de ninguna manera deben continuar sin entenderlo detalladamente: El mundo inanimado muere diferente. Un galón de gasolina no fue suficiente para sacar de quicio a los muebles empapados. Las cosas conservaron la calma con suma terquedad, resignadas ante su condena irremediable. Hoy en día puedo afirmar que ni la peor de mis bestias habría atentado su inacción. No hubo gritos preliminares. Ni siquiera hubo registro de rescate. No hubo un carajo. Pero si hubo, hace muchos años, un profeta que nunca fue olvidado por su cuerpo inerte. Hay toda una ciencia en la muerte inexpresiva y quien su magnitud comprenda seguramente ahora estará buscando una caja de cerillos. Así me sucedió. Sólo traten de imaginar la terrible confusión de

presenciar una cama estática, sedienta y sedentaria, qué prefiere consumirse antes de cobrar vida. El trauma que puede llegar a producir una estatua de hierro es irreparable. Se los digo por experiencia.

He olvidado el día exacto cuando aconteció que Diáfano dejó de mover los brazos. Lo he olvidado todo y no por eso he de negar que ahora es cuando más puedo recordarlo. Ha de haber llegado a tocar la puerta con su cabeza diminuta en busca de explicaciones. Naturalmente yo no dormía en esos tiempos, ni en estos, ni en otros. Considero un exceso transmitirles lo desgarrador que fue eso para mí. Porque si hay algo que he consumido en estos años son los nervios. Quien me viera hoy en día daría unos golpecitos a mi torso para cerciorar que soy de mármol. Soy. No soy. ¿Quién sabe? Vivir no puede aquel que vive. Pero hay que ser equitativos; morir no puede quien muerto está. La noche no quiere arrebatarme vida y el alba, próxima y furiosa, destierra a todo hijo que en su ausencia morir no ha conseguido. Somos los niños bastardos, los huérfanos sonámbulos. Eso es lo que somos, todas las angustias meditabundas que descansar no pueden. Somos las migrañas anónimas, sombras somos. Vigilamos agonías para que otros duerman. Y esta última palabra suena ahora tan remota que podría jugar ruleta rusa con mil demonios para conceder siquiera mi condena a la suerte. Porque este insomnio mío me tiene ido, loco, chiflado, en pedazos que mañana trataré de unir en tu velorio. Así es, en tu velorio.